

Encontrarlos y amarlos será nuestra eterna tarea de formación. ¡Ah! dirán muchos, pero Goethe es un genio, tiene otra realidad.

Es verdad. Goethe es genio. Pero la genialidad es una fuerza que actúa sobre el ser. El ser verdadero siente profundamente y por lo tanto vive. Puede llegar o no al ser-genial, pero ante todo es ser y siente. Así Goethe es primero ser y luego genio. Y es que en definitiva el genio es la posibilidad superada. La genialidad implica en grado sumo y de alguna manera perfección.

Si la genialidad es una fuerza directamente proporcional será nuestro contacto con ella. Fuerza contra fuerza. O sea, comprenderemos al genio en cuánto su dialéctica haga y reencuentre idioma en nosotros. Este nosotros igual a fuerza, fuerza interior, fuerza de sentimiento, fuerza de ojos claros abiertos a la genialidad.

Luego, si el arte es producto del ser y del genio, cómo podría llegar a un pueblo que individualmente ni siente ni es? Qué puede crear para él, a su alcance, a su pretendida realidad?

¡Nada, nada! A no ser que lo fácil, lo cotidiano, lo de todo el mundo. Las paparruchadas de los que se imaginan que la hombría empieza y termina entre botellas de taberna y traquetero del colchón, hedor y aroma de prostitutas.

El arte como la vida es un mundo de sentires, de verdaderos sentires, de sentires profundos. Si deseamos la paternidad de este mundo verdadero, si lo hacemos nuestro, si lo queremos nuestro, ¡sintámos, vivámos, seámos!

Ante nosotros es paradigma trágico este torturado Tolstoi. Un hombre que quiso amar lo que no es, lo que no siente, lo que no ama, lo que no merece sacrificios ni profetas crucificados.

Sufría dolorosamente al contacto del dolor del mundo y quería atenuarlo. Hermosa actitud! Pero, cómo lograrla? Acaso negando a Beethoven, a Goethe, o negándose a sí mismo.

O acaso al arte, a la cultura, al sentir verdadero, a la única vida digna de llamarse como tal.

No, amigo Tolstoi, el problema es mucho más hondo. No son los efectos sino las causas. No es el mundo sino el hombre. No es la Novena una causa separadora de los hombres, son éstos los que se separan de ella. Es la falta de vida la que incapacita el sentir la vida. Es la trivialidad a todo

gusto, en todo deleite. Es la propia «animalidad» humana o su realidad física que asedia el sedimento mismo de la vida y del ser.

Sólo un gran corazón será compañero eterno de otro corazón.

Ahora me pregunto qué podríamos hacer como elementos de la llamada sociedad humana o humanidad. Ante todo hacerla. No podríamos modelar el barro del futuro busto o relieve sin antes pulirlo y depurarlo.

Así, no podríamos modelar una sociedad sin hombres, sin humanos, sin seres. Luego, es indispensable el sujeto hombre. El hombre hacia su verdadera existencia, como camino ruta o guía de superación.

Este ser-hombre, el único capaz de amar, sufrir, vivir y morir verdaderamente está presente como posibilidad en el no-ser. Será imprescindible descubrirle esa posibilidad, su posibilidad. Desmarañarle de su condición animal, vegetativa, física. Anteponer lo positivo a lo negativo y ceder a la posibilidad su máxima potencia.

Le brindaremos al no-ser un espejo, un simple espejo de imágenes, de pensamientos, de esencias últimas. Le haremos trasunto de su posible existencia ante el espejo ser-ideal.

Este espejo se asienta en la cultura. Con ella el sentir más verdadero. Debemos sentir, sentirlo todo y apasionadamente, ardientemente, aún lo más arcano, aunque sea a costa de venteros o de endriagos.

Al sentir llegamos a lo nuestro, a nuestra intimidad, a nuestro ser. Y este sentir hace sentir a la razón que al sentir piensa y es pensamiento.

Trasunto de nuestro ser es la cultura porque ella es un producto, es actividad del ser que, prolongado en continuidades forma una historia de seres, donde el próximo posible está concatenado y contenido como trasunto.

Trasunto, que copia con propiedad. Copiar sintiendo. Es como si al pasar el lápiz sobre un croquis ya hecho en sus líneas generales y fundamentales, quede en nosotros la sombra que lo sintió y que contiene su trazo. Así, al copiar sobre el croquis seremos dos almas que vibran al contacto del fluir de una línea que se repite y agranda. ¡Ah!, copia, imita! Pero al hacerlo es un «uno» más, la posibilidad tiene su realidad de ser. El mundo de seres habrá aumentado y este «uno» será «un uno más» que los demás posibles deberán conocerle y sentirle. De acá

partiremos hacia una mejor convivencia. Ciertamente esa posibilidad se aumenta y se dificulta ante el futuro constante. Por eso la cultura es un proceso de asimilación; siglo uno al veinte.

Sin embargo, es evivente un común denominador cultural. Una constante cultural que da su vital contenido al ser. Podríamos llamarle a la manera de Goethe «esfera de conocimientos».

Nuestra esfera tenderá a ampliarse dentro de lo posible como inquietud. Pero lo importante es la energía de dicha inquietud. De donde deducimos que la cultura tendrá como fin último el intensificar nuestro sentir. La causa es el ser; su efecto el sentir. El ser es un hombre que siente. Si siente profundamente es hombre y es ser. Luego si la cultura intensifica el sentir la cultura intensifica al ser.

Ahora bien todos los seres no serán idénticos pero su común denominador de analogías será el sentir intenso.

Si este sentir es común denominador, el cómo y el por qué de este sentir serán semejantes en su actitud interior. Si ser es sentir, el cómo y el por qué sentimos estarán eternamente ligados al común denominador.

Cómo sentimos; cómo nos conmovemos? Este cómo ha de ser el vínculo que nos une. Cómo y con qué sentimos; cómo y con qué nos conmovemos? Este con qué será igualmente un inseparable cotidiano del cómo.

Luego tenemos un por qué, un con qué y un cómo. Diría yo que el alma del por qué ha de ser el con qué y el cómo. Primero es ser luego pregunta. ¿Podríamos preguntarnos un por qué del amor si desconocemos con qué amamos y el cómo amamos?

Que será pues más importante, el corazón o el amor? El corazón definitivamente. Precisamente es el corazón el centro vital del ser y al mismo tiempo la médula del con qué.

Luego si en el con qué amamos encontraremos el corazón del ser, el cómo será su experiencia.

El por qué a que responde la filosofía no lo entiendo sin antes no haber definido y regulado este con qué y cómo a que me he referido.

De todo esto deducimos que si el centro, la médula vital del ser es el «ser interior» o corazón, los seres como tales se «arrebajaran» bajo un núcleo común fundamental.

Igualmente será posible una comunidad de seres, de hombres, de humanos.